



SÁNCHEZ ALONSO, Óscar (2000): "Volverá a existir encuentro", en VV. AA., *100 relatos geniales*. Sevilla: Jamais, pp. 562-567. ISBN: 84-95426-00-5. Depósito Legal: SE-2476-99.

Volverá a existir encuentro

La boca no habló a su tiempo lo que un corazón le dijo; y la boca prefirió callar lo que un corazón clamaba. El corazón, en su lenguaje, estaba latiendo a gritos; y no se atrevió la boca... a pronunciar tanta verdad.

Somos así: cuajados de timidez frente a todo cuanto más queremos; perdidos de cobardía ante la inquietud y nuestros miedos. En ocasiones, de tanto pretender pensar aquello que va a decirse, acabamos siempre por callar aquello que sí pensamos.

Cosas hay que nunca dijo y guardó para el silencio. Y de todas esas cosas que alguna vez ha callado, son siempre las del sentir aquellas que más murmuran.

Sus fuerzas ya flaqueaban con más soltura de la aconsejable. En otro momento, se habría atrevido a seguir adelante; y habría desplegado una nueva intentona; y habría emprendido otro (uno más) envite voluntarioso.

Peor que perder la batalla de la vida es no atreverse a librarla. Siempre lo sostuvo; y siempre lo afirmó, pero... ya se sabe: se olvida lo que se dice; y se recuerda -sin embargo- aquello que no existió, aquello que no se dijo. Qué se le va a hacer: *quebranto de un pude hablar*, quizá debiera llamarse.

La memoria es despistada: a veces selectiva, y otras caprichosa; a veces arbitraria, y otras, (las más) testarudamente *olvidadiza*. De momento, por lo que sea, se quedó sin fuelle en la carrera; se quedó sin respiro en el impulso; le falló (qué lástima) el pulmón que alienta la espera.

Es curioso. Ahora la entendía cuando atravesaba una de sus rachas. Él, que había llegado a pensar que los males de Celinne tenían más invención que fundamento, se encontraba sin respuesta, preguntándole al olvido: "Por qué siempre se nos va la gente que más queremos".

La ignorancia suele secuestrar nuestra humildad. Roman (sin acento, como su abuelo) desconocía ese tipo de dolencias que a Celinne un día dañaron. Pensó (ingenuo) que su supuesta fortaleza sabría dejarle al margen de aquel "ficticio" (creía) malestar. Ya, ya. Se creyó vacunado frente a lo que no existe terapia.

Sin duda, exageró su poderío. El jirón emocional existe (y mientras tanto no lo notas) cuando te cala, te llama, te llega y te despeina. Las quejas del sentir nunca llegan a entenderlas, hasta que no las *sientes* por ti solo. Los llantos del querer sólo se comprenden, cuando te toca el turno de *llorarlos* por ti mismo. Es entonces cuando duelen.

No obstante, a pesar de quitarle trascendencia a sus *pesares*, Roman siempre trató de

apoyarla. Cuando ella se arrimó a su consuelo, él intentó (lo mejor que pudo) dárselo. En una de sus cartas (dando respuesta a una pregunta previa que no logré del todo descifrar) le comentó:

“No termino de entender por qué la razón y el soñar han de resultar algo contradictorio, opuesto, enfrentado... Todos nos hemos dicho alguna vez, para animarnos, que vamos a luchar por hacer nuestro sueño realidad. Supongo que, de no hacer daño al vecino, nadie podrá replicar que no es lícito intentar logro de ese calibre.

Podríamos entender los sueños como una especie de *medicamento onírico* que permite, precisamente, alimentar nuestra esperanza. Hay un tiempo que se vive; y otro que tan sólo *se pasa*. Porque sentir es estar vivo (aquello que no es *pasar*); el fármaco del entusiasmo continúa siendo el más solvente de los remedios; la más eficaz penicilina que combate, certera, el virus de la rutina”.

El consejo, cuando menos, era bienintencionado; el desenlace del *tratamiento* es, sin embargo, algo que se nos escapa. En busca de esa *receta médica* que Roman había conformado, Celine emprendió viaje... por no se sabe muy bien dónde. Roman nunca llegó a decírmelo; y dicho sea de paso, de ello no puedo culparle: ni ella ni él, ni mucho ni poco, conocían toda la ruta.

Aunque no quisiera entrometerme más de la cuenta (y preferiría sólo limitarme a lo que pude descubrir, en cierta medida, de manera más precisa) sospecho que el trayecto de Celine estaba sin trazar; y sus maletas (intuyo) estaban por hacer, estaban por llenar.

En su última conversación telefónica, desde la incógnita llamada de su adiós, Celine aseguró que volvería... a poco que algo ayudara: "En cuanto tenga mi equipaje bien repleto de mañana, llegará todo el regreso, brotará todo el reencuentro".

Roman respondió sincero: "Cuando hayas encontrado la ilusión, amárrala fuerte. No la

dejes escapar. Y no se trata de que la ahorres, sino de que la inviertas. No te importe derrocharla con aquel que la necesite. No la escatimes. La ilusión sólo se gasta por su falta de uso. Sólo se estropea -terminó por añadir- cuando caduca".

Poco más pudo decirse. El ruido de una estación dificulta siempre la palabra; y al otro lado de la línea, se escuchan tan sólo miradas. A lo lejos, en el auxilio, Celine dejó su voz sobre el amenazante pitido final de la cabina: "Nos reuniremos allí donde un día nos encontramos. Habrá regreso, Roman, y gritaremos Fantasía; y gritaremos Libertad".

Desde entonces no ha vuelto, con certeza, a tener noticias tuyas. Nunca volvió a verla; nunca volvió a escucharla. Salvo su distancia, su ausencia, su marcha, su vacío, su ayer y su recuerdo... salvo todo eso, nunca, de ella, nada volvió a tener cerca. Todo cuanto pudo ser... acabó siendo nostalgia.

Sin embargo, como antes se apuntaba, es ahora cuando mejor la conoce. Su mundo, su paisaje y su *tal vez* le resultan mucho más próximos. Sus reacciones, un día extrañas, también ya él las *reaccionaba*. Sus lamentos, con el tiempo, también ya él los *lamentó*.

Pasaron tres meses: llegó la Navidad. Las calles comenzaron a iluminarse; las plazas se adornaron con florido villancico; los comercios se vistieron de aguinaldo y atracción; y nuestros labios balbucían protocolo generoso. Desentonando entre las tarjetas al uso propias de la estación, Roman se topó con un sobre, acolchado y sin remite. A pesar de ese envoltorio, una tímida cuartilla con borrosa mecanografía era todo el contenido que allí pudo encontrar. Con letra, pero sin puño; con emisario, pero sin firma:

“A los años, cuando nacen, les pedimos de todo. Como poseen la virtud de no dar, responden siempre, con tacaña cautela, a nuestro vicio de pedir. Los deseos (siempre los mismos, y siempre sin embargo novedosos) afloran por estas fechas. Es ahora

cuando tejemos, a la vera del calendario, objetivos bien dispares.

Aunque a veces se dice que todos los sueños son posibles, bien sabemos que los hay irrealizables. No nos preocupemos ante evidencia de tal tamaño. Lo verdaderamente grave sería no tener, ni siquiera, propósitos y referentes que estimulen un caminar, que se nos vuelve cansino a ratos.

Que se cumplan los proyectos es, en buena parte, secundario; tenerlos presentes, y apostar por su conquista, y labrar su acercamiento... Eso es lo fundamental. Por eso, al nuevo año habrá que pedirle ilusión. Desconozco su unidad de medida; pero si la venden al peso, que me pongan muchos kilos; y si es por porciones, que me den un trozo grande; y si de longitud ha de hablarse, envuélvanme todos los metros.

Cuando se pierde la ilusión, todo está perdido, porque nada es ya *encontrable*. Sólo la ilusión puede regenerar la expectativa: a veces maltrecha; y a veces malherida; y siempre necesaria... y siempre imprescindible.

El día que, por no tener, no tengamos ni esperanza, iremos a *La Ocasión* a publicar nuestro más sentido anuncio: *Dolida y seminueva, doy traspaso de vida por no poder atenderla*".

Si Celinne había escrito esa carta, Roman no acertaba a entender por qué ocultaba su nombre. El matasellos, por su parte, tampoco aclaraba nada: ni pistas ni explicaciones: "Tampoco -pensó- las dio nunca enamorarse: por qué entonces sorprenderse tanto".

Da igual que sobre las cuestiones del querer se hayan realizado todo tipo de películas. Poco importa que se hayan escrito los más rotos y quietos versos. De nada sirve que al amor se le haya cantado bajo los más variados ritmos. Ni siquiera solventa la papeleta el hecho de que se celebre, cada año, el tan traído y llevado día de San Valentín. Es lo mismo. No hay solución.

“Quien crea que su poder no es poderoso (se repitió Roman muy serio), que explique entonces por qué el ser humano, desde los más remotos orígenes, le debe buena parte de sus quebraderos de cabeza; como le debe, también, qué duda cabe, sus mayores emociones y sus más grandes alegrías.

Arcano por sí mismo, nos prohibirá siempre acceder a su misterio. Guarda sus mecanismos bajo el más estricto de los secretos; y esconde todo su engranaje en algún recóndito lugar de imposible sumisión. De él sólo sabemos que, cuando se propone llegar, llega; vaya que si llega... Que me lo pregunten a mí -añadió un Roman concluyente, trazando la única sonrisa de toda su locución-”.

Realmente, es muy probable que estuviese cargado de razón. Sobre el amor existen respuestas antes las cuales nos cambian siempre la pregunta. En el amor dos y dos no siempre son cuatro: a veces son 15 ó 33 ó 42 ó 57. A saber. El amor, mucho me temo, así se las sigue gastando: ni *cuadra* su raíz cuadrada; ni *quiebra* el quebrado de su logaritmo. En el amor no funcionan las matemáticas y ojalá, aunque nos pese... no funcionen nunca.

Cupido siempre ha sido un mal arquero y Roman, de ello, ahora estaba convencido. El querubín del desamor (travieso y sin remedio) continúa jugando con las cosas del querer. Seguro que pone buena voluntad, es posible, pero lo suyo no son las flechas; lo suyo no son los arcos; lo suyo nunca fue la puntería ni el acierto. Roman, tratando de hacer más eficaz su queja, se dirigía directamente al causante de esos desajustes... solicitando su dimisión:

“No te me enfades, Cupido, pero en esto del amor, continúas sin hilar fino. A veces equivocas el momento. A veces marras el tiro. A veces confundes el blanco. Por precipitación o demora; por insistir más de la cuenta o renunciar antes de tiempo; por pitos o por flautas; por dimes o diretes... No terminas de ser certero.

En cualquier caso, qué quieres que te diga; siempre hemos apostado por ese porvenir (que aunque nunca viene, se le espera); y siempre hemos apostado por ese *porllegar* y *puedeser* (que aunque nunca llega y nunca es, se le aguarda por si acaso)”.

Tratando de calmar corrientes, Roman, previsor, no quiso enemistar al destino: "No te nos enfades, Cupido; que en el fondo te brindamos aprecio. Anda, lánzala otra vez. Allá tú con tu punto de mira destemplado. Inténtalo de nuevo; y nada, buscaremos encomienda. Apunta con tiento; y si fallas, como acostumbras, buscaremos reedificar, como se pueda, nuestro particular *Toboso*".

A pesar de la meteorología y sus pronósticos, el temporal no llegó a desatarse. Más bien al contrario. El nudo de su lazada apretaba de nuevo más fuerte. Encapotado de confusión el mediodía, algún nubarrón de pérdida trajo no poca tormenta. Lo cierto es que, aun negándose a reconocerlo, *hacía* un poco de melancólica añoranza; las voces no paraban de llover; y en la quietud de la tarde se despertaba viento de ahogo. Aquella borrasca de pérdida estaba estropeando su navideña vacación; pero había que seguir. Había que intentarlo. Ella había dado su palabra y prometió que habría reencuentro. Roman siempre había mostrado una firme tendencia a reírse de aquellos (que él llamaba) "blandos de ripio y llorera". Ahora, lo que son las cosas, era Roman quien estaba frente a un simple cuaderno de anillas, dispuesto a masticar su desvarío.

No pretendía encontrar solución de ningún tipo. Buscaba tan sólo un amparo: el que a veces presta la palabra. Buscaba tan sólo un refugio: el que a veces brinda la expresión. En ocasiones, necesitando contar lo incontable, nos sinceramos con un diario; o se lo explicamos a un folio en blanco; o se lo decimos a quien no nos oye:

“Tal vez, como ya Brecht nos advirtiera -Roman se animó a escribir-, hoy siguen corriendo malos tiempos para la lírica; y tal vez, a buen seguro, los espacios de romanticismo y libertad, de locura y de Quijote, andan también confusos.

En este hoy contemporáneo, es posible que la poesía, el sentimiento, la pasión y la belleza hayan perdido su carrera frente a la sinrazón de algún pragmatismo.

Es posible, sí; pero es a su vez probable que el Amor y la Poesía terminen siempre por vencer... al tiránico desdén, a la despótica indiferencia, al integrismo de la apatía. Porque *la vida sin amor es sólo prosa*, la poesía es siempre vida: y más cuando dice apoyo, y más cuando clama humilde, y más cuando habla hondo, y más cuando pronuncia libre. La poesía es forma de afrontar camino: un latir o un padecer; un llorar... o una sonrisa.

Existen trovadores y juglares que cantan a la vida en su pasar por estas tierras; y lanzan sinceros la verdad de su mirada. Escriben abiertos versos sembrados de autenticidad, prendidos de aquel pasado, o envueltos (con su permiso sr. Celaya) de un futuro por hacer. De futuro y arrebató. De tanto *quizá* como ruego.

El poema del estar aquí presenta azarosa métrica. Su rima es el vivir: a veces asonante, y a veces musical, y a veces un quejido; y a veces un desgarró. Con susurro de lamento, con textura de caricia”.

Roman recordó el primero de los poemas que leyó junto a Celinne. No fueron originales en la selección, pero qué importaba ser creativo cuando todo era verdad. Acudió a su libro de bachillerato buscando a aquel Gustavo Adolfo; y allí encontró todas las huellas. En rojo, en verde, en azul... allí estaba el subrayado adolescente que tantas veces hicieron suyo: *Mientras haya en el mundo primavera; mientras la humanidad, siempre avanzando, no sepa a dó camina; mientras haya un misterio para el hombre; mientras el corazón y la cabeza batallando prosigan; mientras haya esperanzas y recuerdos; mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran; mientras sentirse puedan en un beso dos almas confundidas...*

Levantó su cabeza del texto, tratando de no mirar más: "Mientras todo eso ocurra (que siempre ocurrirá) y mientras todo eso suceda (que siempre sucederá) *¡habrá poesía!* Faltaría más”.

Lo que son las cosas: Roman (sin saber si por ello debía o no alegrarse) había acabado de nuevo *comprendiendo*: "Mientras haya un otro al que atender (concluyó en su razonamiento) habrá poesía; y mientras haya un otro al que sentir, como siempre ha sido, habrá poesía". Él, que después de tantos años no había vuelto a querer reparar sobre esas "minucias líricas", había seguido escribiendo. La cuadrícula de aquel cuaderno continuaba dando cobijo a su caligrafía, su necesidad y su urgencia:

“Si *poesía eres tú* (como añadió el sevillano), y si *poesía es el arte de ser joven* (como concluyó Ricardo León); esperar a tu promesa, rendirse a tu espejismo, cultivar todo tu nombre, dibujar todo tu gesto, configuran (ayer y hoy; mañana y siempre) la más válida poesía: la inocente, pero atrevida; la compleja, pero sencilla; la abstracta, pero concreta; la sonora... pero callada.

Poesía es Silvio Rodríguez, cuando entona su *Ojalá* y pregunta por *Quién fuera*; poesía es Johann Pachelbel, cuando arroja las notas de su *Canon* sobre un pentagrama roto; poesía es José Hierro, queriendo escuchar el mar, en los verdes ojos de Marta; poesía es Audrey Hepburn, cuando se viste de *Sabrina* y acude a *desayunar con diamantes*; poesía es, por supuesto, *Casablanca*, cuando Bogart y Bergman encierran, en París y para siempre, todo su amar... y su imposible”.

Ésa fue su reflexión. Estaba dispuesto a enviársela a Celinne. Al fin y al cabo, fue ella quien más vehemencia mostró al descubrir a un certero Unamuno, hilando diestro en el decir: "El verdadero héroe es poeta, porque, ¿qué, sino poesía, es el heroísmo?"

Enviar aquella nota no era ninguna hazaña heroica; pero que arribase en ese puerto que tendría que ser el bueno, resultaba (para qué engañarse tanto) muy diferente cantar. Con destino y nada más; sin calle, ciudad ni nombre; Roman envió su misiva: una carta de ilusión, que acierta

sólo a sellar la magia de alguna infancia.

Espera desde entonces, sin más interlocutor que el silencio. Éste, elocuente y orador, insiste siempre en su mensaje. El recado que antes, siempre, Roman se negó a pronunciar, lo enviaba ahora, desde el azar, seguro de su fracaso. Ciertamente no parece estar el horno de estos mundos para bollos de toda esa masa; pero allá la soberbia de este tiempo con su repostería, cocción y tahona:

“Un día volveremos a reunirnos; y volveremos a encontrarnos -gritó Roman musitando; gritó Roman a susurros-. Puede que sólo sea en el valle de aquel instante, en el arrecife de aquel recuerdo, en la ladera de aquella imagen... O en el sabor de tu perfume. Da igual donde esto suceda. Allí, sin miedo ni mordaza, gritaremos esa Libertad y Fantasía que un día nos prometimos. Será mentira, pero será real. Puede que entonces acariciemos ese futuro incierto que el pasado nos dejó soñar; y el presente, de momento, no siempre supo darnos”.

Con mucho más que añadir, Roman prefirió el reposo: "A quién devuelvo tanto ayer", quiso preguntar y no pudo. Tomó su almohada, su sofá, su fatiga y su cansancio. Se echó a dormir. Al cabo de dos minutos, su imaginación, al menos, acertó a escapar a la encerrona. Soñó que ella le quiere... y quiso no despertar.

óscar sánchez alonso